



F. M. Dostoyevski
Los demonios



F. M. DOSTOYEVSKI

Los demonios

EDICIÓN DE RICARDO SAN VICENTE

Traducciones de
Luis Abollado
y Ricardo San Vicente

Prólogo de
Augusto Vidal

Epílogo de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Ricardo San Vicente

Traducción del ruso: Juan Luis Abollado Vargas y Ricardo San Vicente Urondo

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2017

© Traducción del ruso: Luis Abollado y Ricardo San Vicente, 2017
© del prólogo: herederas de Augusto Vidal, 2017
© del epílogo: Monika Zgustova, 2017
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 22298-2017
ISBN: 978-84-17088-72-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

LOS DEMONIOS

*Por más que miro, no veo.
¿Nos hemos extraviado?
El demonio, según creo,
Es quien nos ha trastornado.*

*¿Cuántos son? ¿Quién les empuja
Que es tan triste su cantar?
¿Van a casar a una bruja?
¿Llevan un duende a enterrar?*

A. PUSHKIN

Había allí, pasciendo en el monte, una gran piara de numerosos cerdos. Los demonios le suplicaron que les permitiera entrar en ellos y él se lo permitió. Salieron, pues, de aquel hombre los demonios y entraron en los cerdos; y la piara se arrojó con gran ímpetu al lago por un precipicio y se ahogó. Cuando los porqueros vieron lo que había sucedido, salieron huyendo y llevaron la noticia a la ciudad y a los caseríos. Las gentes acudían a ver lo que había sucedido. Llegáronse a Jesús, y encontraron al hombre del que habían salido los demonios, sentado ya, vestido y en su sano juicio, a los pies de Jesús. Y quedaron llenos de espanto. Los que lo habían presenciado contaban a los demás cómo el endemoniado había sido curado.

«Evangelio según san Lucas» en *La Biblia*
Editorial Herder, Barcelona, 1976.
Capítulo 8, versículos 32-36.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

A modo de introducción. Algunos pormenores
de la biografía del honorable
Stepán Trofímovich Verjovenski

I

Al emprender la descripción de los recientes y raros acontecimientos ocurridos en nuestra ciudad, tan ignorada hasta hoy día, me veo obligado, por efecto de mi impericia, a comenzar desde un punto algo lejano, a saber, exponiendo ciertos detalles biográficos del ingenioso y venerable Stepán Trofímovich Verjovenski. Que estos pormenores sirvan tan sólo de introducción a la presente crónica, pues la propia historia que me dispongo a escribir vendrá más adelante.

He de declarar con toda franqueza que Stepán Trofímovich desempeñaba entre nosotros cierta función especial, cívica, por así llamarla, y amaba su papel apasionadamente, hasta el punto de que, a mi juicio, no hubiera podido vivir sin él. No es que yo pretenda compararle con un actor teatral. Dios me libre de ello, tanto más cuanto que yo mismo le tengo respeto. Todo podría ser producto de la costumbre o, mejor dicho, de una noble propensión constante, desde la propia infancia, hacia la grata ilusión de representar un hermoso papel cívico. Le complacía extraordinariamente, por ejemplo, su situación de «perseguido» o, por así decirlo, de «desterrado». Poseen estas dos palabrejas una resonancia clásica y peculiar, que le sedujo para siempre y que, elevándole pau-

latinamente en su propia opinión, acabó por colocarle, a lo largo de muchos años, en cierto pedestal, encumbrado sobremanera y muy grato a su amor propio. En una novela satírica inglesa del siglo pasado, un tal Gulliver, al regresar del país de los Liliputienses, donde la gente no rebasaba el tamaño de dos pulgadas, venía tan habituado a tenerse por un gigante entre los demás, que, al pasar por las calles de Londres, gritaba instintivamente a los transeúntes y a los carruajes que se quitasen de en medio y que se anduvieran con cuidado, no fuera a ser que los aplastase bajo sus pies, pues seguía creyéndose un gigante rodeado de enanos. Ello daba lugar a que se riesen de él y le denostasen, y los groseros postillones permitíanse incluso lanzar latigazos al gigante. ¿Era esto razonable? ¿Qué milagros no puede realizar la fuerza de la costumbre? Fue la costumbre la que condujo a Stepán Trofímovich a una situación muy semejante a la de Gulliver, aunque en forma más cándida e inocente, si se me permite la expresión, porque Stepán Trofímovich era una bellísima persona.

Hasta me inclino a creer que, a la postre, le olvidaron todos en todas partes; mas no por ello cabría afirmar que anteriormente se le desconocía por completo. Es indiscutible que, durante cierto período, formó parte de la famosa pléyade de próceres de nuestra pasada generación, y hubo un tiempo –dicho sea de paso, un solo instante– en que mucha gente ligera de cascos se apresuró a colocar su nombre cerca del de Chaadáyev, del de Belinski, del de Granovski y del de Herzen, que sólo empezaba a sonar en el extranjero. Mas la obra de Stepán Trofímovich murió casi siendo un embrión, víctima, por así decirlo, del «torbellino de los acontecimientos». ¿Y qué vino a resultar? Que no hubo ni «torbellino» ni «acontecimientos», al menos en el caso que nos ocupa. Sólo hace días he venido a enterarme, con grandísima sorpresa por mi

parte, aunque, eso sí, con entera certeza, de que mientras Stepán Trofímovich vivió entre nosotros, en nuestra provincia, no sólo no estuvo desterrado, como solíamos creer, sino que ni siquiera fue nunca objeto de vigilancia. ¡Cuál no sería, pues, la fuerza de su propia imaginación! Stepán Trofímovich estuvo siempre persuadido de que se le temía en ciertas esferas, de que sus pasos eran seguidos y contados permanentemente y de que cada uno de los tres gobernadores que se sucedieron en los últimos veinte años traía ya, al salir hacia la capital de nuestra provincia, una idea preconcebida e inquietante acerca de él, idea que le habían inculcado desde arriba y, ante todo, en el momento de hacerle entrega del mando de la provincia. Si alguien hubiera presentado entonces al honradísimo Stepán Trofímovich pruebas irrefutables de que nada tenía que temer, es seguro que se habría enojado. Sin embargo, era una persona inteligentísima, de grandes dotes, lo que se dice un hombre de ciencia, aunque, por lo de más, en lo tocante a la ciencia... vamos, que, en una palabra, hizo bien poco por ella, o puede que incluso nada. Pero es sabido que en Rusia esto les acontece muy a menudo a los científicos.

Regresó del extranjero y brilló como catedrático de la universidad en las postrimerías de la década de los cuarenta. Únicamente llegó a dictar varias conferencias, al parecer sobre los árabes; tuvo tiempo de defender una brillante tesis sobre la importancia civil y hanseática de la ciudad alemana de Hanau durante el período que media entre 1413 y 1428, y, al mismo tiempo, sobre los imprecisos y peculiares motivos que anularon por completo esa importancia. La tesis tiraba diestras y dolorosas estocadas a los eslavófilos de entonces, lo que no tardó en granjearle entre ellos enemigos tan numerosos como acérrimos. Posteriormente —ya después de perder la cátedra— logró publicar (para vengarse y para dar a entender qué

clase de hombre había perdido la universidad), en una revista mensual progresista, que insertaba traducciones de Dickens y que propugnaba las ideas de George Sand, el comienzo de un profundísimo estudio referente, según creo, a los motivos de la insólita generosidad espiritual de no sé qué caballeros de no sé qué época, o algo por el estilo. Al menos, dejaba sentada una idea sublime y extraordinariamente noble. Con posterioridad se dijo que la continuación de dicho estudio fue prohibida a rajatabla y que hasta la revista en cuestión hubo de sufrir las consecuencias de haber publicado la primera mitad. Esto cabe dentro de lo posible, porque, ¿qué cosas no sucedieron entonces? Mas en el caso dado, lo más verosímil es que no ocurriese nada y que el propio autor, de puro perezoso, no diera fin a su estudio. En cuanto a sus conferencias sobre los árabes, las suspendió porque alguien (al parecer algunos de sus retrógrados adversarios) interceptó una carta a no sé quién, en la que se exponían ciertas «circunstancias», y alguien le exigió no sé qué explicaciones. Ignoro hasta qué punto corresponde esto a la verdad, pero se aseguraba que en Petersburgo fue descubierta por aquel entonces una enorme sociedad antinatural y antiestatal, compuesta de unos trece hombres, que estuvo a punto de conmover el país entero. Afirmábase que se disponían a traducir al propio Fourier. Como a propósito, y al mismo tiempo, fue descubierto en Moscú un poema de Stepán Trofímovich, escrito unos seis años antes en Berlín, durante la primera juventud del autor, poema que corría de mano en mano entre dos aficionados a las letras y un estudiante. Lo tengo ante mí, sobre la mesa; lo recibí tan sólo hace un año, recopiado recientemente a mano por el propio Stepán Trofímovich, que me lo remitió con una dedicatoria y en excelente encuadernación de cordobán rojo. Por cierto que no le falta poesía ni cierto ingenio; es algo extravagante, pero entonces (es decir, en los años treinta) se esti-

laba escribir así. Se me hace difícil, sin embargo, explicar su trama, pues, a decir verdad, no he conseguido entender ni jota. Se trata de una alegoría lírico-dramática, que hace recordar la segunda parte de *Fausto*. Se inicia con un coro de mujeres seguido de otro de hombres; luego aparecen unas fuerzas misteriosas, también en coro, y, por último, viene a cerrar el cuadro un nuevo coro de almas que todavía no han existido, pero que estarían ansiosas de vivir. Los tales coros cantan algo referente, en su mayor parte, a una maldición pronunciada por alguien, todo ello muy vago, pero con un matiz de profunda ironía. Mas he aquí que la escena cambia bruscamente y aparece una especie de *Festividad de la vida*, en la que cantan hasta los insectos; sale una tortuga recitando no sé qué frases sacramentales latinas; y, si mal no recuerdo, entona un canto hasta un mineral, es decir, un objeto inanimado. Todos cantan sin cesar, y si alguna vez hablan es para proferir condenaciones imprecisas, aunque con un acento de alta significación. Luego cambia de nuevo el decorado para mostrar un lugar salvaje, entre cuyas peñas vaga un joven civilizado que arranca y chupa unas hierbas y que, al ser preguntado por un hada: «¿Por qué chupas esas hierbas?», responde que, poseído de un exceso de vida, busca el olvido y lo encuentra en la savia de las plantas, pero que su máxima aspiración sería perder cuanto antes el juicio (deseo, quizá, superfluo). Acto seguido entra en escena un joven de indescriptible belleza, montando un corcel negro, que lleva tras de sí una inmensa muchedumbre compuesta por gentes de todos los pueblos. El joven representa la muerte, y todos los pueblos la ansían. Por último, ya en la escena postrera, aparece de pronto la Torre de Babel, y unos atletas acaban de construirla entonando el cántico de la nueva esperanza; cuando le dan cima, un soberano, quizá el del Olimpo, sale corriendo con una apariencia grotesca, y la humanidad, advertida, después

de apoderarse del sitio de aquél, emprende una nueva vida con una nueva interpretación de las cosas. ¡Y este poema fue considerado peligroso entonces! Habida cuenta de su absoluta inocuidad en nuestra época, el año pasado propuse a Stepán Trofímovich imprimirlo, pero rehusó mi oferta con ostensible descontento. La idea de su absoluta inocuidad le disgustó, y hasta atribuyo a ello la relativa frialdad con que me trató por espacio de dos meses. Pues bien, ¿qué creéis? Inopinadamente, y casi por la misma época en que yo proponía imprimir el poema de marras aquí, lo publicaron *allí*, es decir, en el extranjero, en una revista revolucionaria y sin que Stepán Trofímovich tuviese la menor noticia. En un principio, el autor, atemorizado, acudió al gobernador y escribió una dignísima carta de justificación a Petersburgo; me la leyó dos veces, pero no la remitió por no saber a quién debía dirigirla. Total, que estuvo intranquilo todo un mes; pero estoy persuadido de que allá en las reconditeces de su corazón se sentía extraordinariamente halagado. Le faltaba poco para dormir con el ejemplar de la revista que le enviaron, y de día lo ocultaba bajo el colchón, no permitía que la sirvienta le hiciera la cama y, aunque esperaba de un día a otro un telegrama venido no sé de dónde, miraba a los demás por encima del hombro. Sin embargo, el telegrama no llegó. Entonces hizo las paces conmigo, lo que testimonia la insólita bondad de su manso y nada rencoroso corazón.

II

No afirmo en modo alguno que él no hubiese padecido nada en absoluto; sencillamente, he llegado a la firme convicción de que hubiera podido continuar dedicado a sus árabes cuanto hubiera querido con sólo presentar las explicaciones pertinentes. Mas, dominado por el orgullo,

se precipitó hasta convencerse de una vez para siempre de que «el torbellino de los acontecimientos» había malogrado su carrera definitivamente. Y, puestos a decir toda la verdad, el auténtico motivo del cambio de su carrera estribó en una delicada oferta que le había hecho anteriormente y que acababa de renovarle Varvara Petrovna Starvóguina, esposa de un teniente general y persona de considerable riqueza, quien le propuso hacerse cargo de la educación y del desarrollo espiritual de su único hijo en calidad de pedagogo y de amigo, por no hablar ya de una remuneración generosa. La propuesta le fue formulada por primera vez en Berlín, precisamente en la época en que se quedó viudo por primera vez. Era su primera esposa una casquivana joven de nuestra provincia, con la que contrajo matrimonio durante su primera e irreflexiva juventud, y, al parecer, sufrió con aquella señora, por lo demás bastante sugestiva, grandes amarguras ocasionadas por la escasez de medios para mantenerla y, además, por otros motivos que, en cierto modo, entran ya en el orden de lo delicado. Ella falleció en París tras haber estado tres años separada de él, dejándole un hijo de cinco años, «fruto del primer amor, feliz y todavía radiante», según se expresó en presencia mía el entristecido Stepán Trofímovich. Desde el primer momento, enviaron a la criatura a Rusia, donde se ocuparon de criarle unas tías lejanas, residentes en algún lugar remoto. Stepán Trofímovich rehusó entonces la propuesta de Varvara Petrovna y se casó en segundas nupcias muy pronto, antes de un año, con una taciturna alemana de Berlín, y, lo que es más importante, se casó sin necesidad alguna. Pero hubo otros motivos, aparte del indicado, para que rechazase el puesto de educador que se le ofrecía: seducido por la fama, entonces en su apogeo, de un inolvidable profesor, voló en pos de una cátedra, para la que estaba preparándose, a fin de probar el brío de sus alas de águila. Mas ahora, alicaído ya, recordó, natural-

mente, el ofrecimiento, que ya antes le había hecho vacilar. La repentina muerte de su segunda esposa, que no convivió con él ni siquiera un año, vino a resolverlo todo. En honor a la verdad, he de manifestar que todo se solucionó gracias a la solícita intervención y a la inapreciable amistad –yo diría amistad clásica– que le profesaba Varvara Petrovna, si es que semejante calificativo es aplicable a la amistad. Nuestro hombre se arrojó en los brazos de este amistoso sentimiento, y la cosa duró veinte años y pico. He empleado la expresión «se arrojó en los brazos», pero Dios libre a todos y a cada uno de sospechar nada inapropiado y ocioso; el abrazo en cuestión debe interpretarse en el sentido más puritano y moral. Los lazos más sutiles y más delicados unieron para siempre a aquellos dos seres tan notables.

Otra de las causas de que Stepán Trofímovich aceptase el cargo de preceptor consistió en que la minúscula finca que dejara su primera esposa –una posesión pequeñísima– se encontraba a dos pasos de Skvoréshniki, la espléndida hacienda que los Stavroguin poseían en nuestra provincia. Por añadidura, el silencio de un gabinete, al margen de la colosal labor de la universidad, le brindaba la ocasión de consagrarse a la ciencia y de enriquecer la literatura patria con eruditísimos estudios. Ciertamente que no realizó ninguno; sin embargo, ello le permitió pasarse el resto de su vida –más de cuatro lustros– como «reproche plasmado» ante la patria, según dijo el popular poeta:

Como un reproche plasmado

.....

Ante el país te has alzado,

Idealista-liberal.

Mas la persona a quien se refería el poeta acaso tuviera derecho a mantener tal actitud toda su vida, si es que lo

deseaba, aunque habría de resultarle aburrido. Nuestro Stepán Trofímovich, en cambio, no pasaba de ser, en realidad, y en comparación con semejantes personas, un imitador; y como, además, se cansaba de permanecer alzado, solía tumbarse. Pero aun así, el reproche plasmado subsistía en posición yacente –rindamos tributo a la verdad–, tanto más cuanto que a la provincia le bastaba y le sobraba con eso. Era cosa de verle en nuestro club cuando se sentaba a jugar a las cartas. Toda su figura parecía decir: «¡Naipes! Me siento con ustedes a jugar al *eralash*. ¿Tiene esto sentido? ¿A quién hay que cargarle la culpa? ¿Quién ha malogrado mi obra, convirtiéndola en un absurdo? ¡Ay, Rusia se hunde!».

Y con grave continente, echaba una baza de corazones.

Sin embargo, lo cierto era que sentía una desafortada pasión por las cartas, cosa que, especialmente en los últimos tiempos, dio lugar a frecuentes y desagradables choques con Varvara Petrovna, sobre todo porque constantemente perdía. Mas ya tendremos ocasión de hablar de ello. De momento consignaré tan sólo que era hombre de conciencia (vamos, a veces), y de ahí que a menudo le invadiera la melancolía. A lo largo de sus veinte años de amistad con Varvara Petrovna, sumíase tres o cuatro veces al año en un estado al que entre nosotros se ha dado en llamar «pesar cívico», lo que, traducido al lenguaje vulgar, lleva el nombre de hipocondría, pero aquel término era muy del gusto de la venerable Varvara Petrovna. Posteriormente, además del «pesar cívico», le dio por el champán; pero la sutil y delicada Varvara Petrovna le preservaba de todas sus inclinaciones triviales. Por añadidura, él necesitaba un aya, pues en ocasiones se tornaba extraño sobremanera: en el apogeo de su amargura, rom-

1. Hay un juego de palabras. *Eralash* es el nombre de un juego de cartas y, al mismo tiempo, significa «absurdo».

pía inopinadamente a reír de la manera más chabacana. Había momentos en que se expresaba en un estilo humorístico incluso hablando de sí mismo. Pero este sentido del humor era el que más temor producía a Varvara Petrovna, mujer clásica, una mecenas, movida siempre por los impulsos más elevados. Los veinte años de influencia de esta dama sublime sobre su infeliz amigo fueron capitales. Varvara Petrovna merece capítulo aparte, y voy a consagrárselo.

III

Hay amistades extrañas: amigos que se pasan la vida queriendo devorarse el uno al otro y que, sin embargo, no pueden separarse. Yo diría más: la separación es imposible; aquel de los dos amigos que, enfurecido caprichosamente, rompe los lazos de la amistad, es el primero en enfermar por ello e incluso en morir. Me consta positivamente que Stepán Trofímovich, más de una vez, y, en ocasiones, después de las confidencias más íntimas a solas con Varvara Petrovna, saltaba bruscamente del diván al retirarse ella, y se ponía a dar puñetazos en la pared.

No hay en esta narración la menor alegoría: una vez llegó a desconchar el revoque. Acaso pudiera preguntármeme cómo llegué a penetrar en pormenores tan sutiles. ¿Y si yo respondiera que fui testigo presencial, que el propio Stepán Trofímovich sollozó muchas veces apoyado en mi hombro, describiéndome con los colores más vivos todas sus interioridades? (¡Y qué cosas no diría!) Pero he aquí lo que sobreveníá casi siempre después de tales lamentaciones: al día siguiente, Stepán Trofímovich se hubiera crucificado a sí mismo por su ingratitud; me mandaba llamar apresuradamente o corría en mi búsqueda con el solo fin de participarme que Varvara Petrovna era «un ángel de honor y de delicadeza», mientras que él representaba el

polo opuesto. No sólo recurría a mí, sino que se lo describía a ella misma en elocuentes misivas, donde le confesaba, autorizándolo con su firma, que aún la víspera había dicho a un extraño que ella le mantenía a su servicio por vanidad y que envidiaba su erudición y su talento; que le odiaba, aunque temía mostrarle francamente su aversión, no fuera a ser que él se marchase y, con ello, dañase la reputación literaria de ella; que, a causa de todo esto, sentía desprecio por sí mismo y había decidido morir violentamente, que esperaba una última palabra de ella, llamada a resolverlo todo, etcétera, etcétera. ¡Cabe figurarse, sabido esto, qué grado de histerismo alcanzaban a veces los arrebatos nerviosos de aquel niño de cincuenta años, el más inocente en su género! Tuve ocasión de leer una de las cartas que escribió después de una disputa habida entre ellos, baladí por su causa, pero ponzoñosa por su ejecución. Me horroricé y le supliqué que no la enviara.

—Es imposible... lo más honrado... el deber... me moriría si no se lo confesara todo, absolutamente todo —me respondió, punto menos que frenético; y, no obstante mi advertencia, mandó la carta.

La diferencia entre ellos radicaba precisamente en que Varvara Petrovna jamás hubiera mandado tal epístola. Ciertamente, a él le gustaba con locura escribir, y le escribía a ella, aunque vivía en la misma casa; durante sus accesos de histerismo le enviaba hasta dos cartas al día. Sé con certeza que ella las leía con vivísima atención hasta cuando le llegaban dos en un mismo día; terminada la lectura, las depositaba en un cofre especial, tras marcarlas y clasificarlas, y, además, las guardaba en su corazón. Después de mantener a su amigo sin respuesta todo el día, se encontraba con él como si tal cosa, como si no hubiera sucedido nada entre ellos la víspera. Poco a poco, Varvara Petrovna logró domesticarle hasta el extremo de que nuestro hombre no osaba ya hacer mención

de lo sucedido el día anterior, y se limitaba a mirarla a los ojos un momento. Pero ella no se olvidaba de nada, mientras que él solía olvidarlo todo con demasiada pres-teza y, animado por la tranquilidad de ella, el mismo día llegaba a reírse y a hacer travesuras dignas de un colegial mientras tomaban una copa de champán, si tenían invi-tados. ¡Con qué veneno debía ella de mirarle en aquellos instantes! ¡Pero él no advertía nada! Sólo al cabo de una semana, o de un mes, o hasta de medio año, al recordar incidentalmente, en algún momento muy especial, cual-quier expresión de una carta, y después la carta entera con todos sus pormenores, enrojecía de vergüenza y se atormentaba tanto, que sufría ataques de colerina. Estos súbitos accesos constituían, en ciertos casos, el desenlace habitual de sus conmociones nerviosas y representaban un hecho curioso y peregrino, habida cuenta de su com-plexión.

En efecto, Varvara Petrovna con mucha frecuencia le odiaba verdaderamente; pero lo único que él no llegó a no-tar nunca fue que, a la postre, había terminado por conver-tirse en un hijo suyo, en una creación suya, e incluso, po-dría decirse, en una invención suya; que había pasado a ser carne de su carne, y que si ella le sostenía y le mantenía no era, en modo alguno, por mera «envidia de su talento». ¡Es de suponer cómo la hubieran ofendido semejantes suposi-ciones! En la persona de Varvara Petrovna se ocultaba un afecto avasallador hacia él, mezclado con un odio, con unos celos y con un desprecio infinitos. Ella le preservaba del más pequeño roce, le mimó veintidós años y se hubiera pasado noches enteras en vela si hubiera estado en peligro su reputación de poeta, de científico y de ciudadano. Fue ella quien le inventó, y ella también la primera en creer en su propia invención. Él constituía algo así como una ilusión para ella. Pero, a cambio, Varvara Petrovna le exi-gía muchísimo, incluso, a veces, sumisión servil. Era ren-

corosa hasta lo inverosímil. A propósito de esto, referiré un par de episodios.

IV

Una vez, al correr los primeros rumores sobre la emancipación de los siervos, cuando toda Rusia se sentía poseída de repente júbilo y se aprestaba a renacer por entero, visitó a Varvara Petrovna un barón de Petersburgo que iba de paso, persona influyentísima y muy relacionada en las altas esferas. Varvara Petrovna tenía en extraordinario aprecio semejantes visitas, ya que, a la muerte de su esposo, sus vínculos con la alta sociedad habían ido debilitándose más y más hasta reducirse, últimamente, a la nada. El barón se detuvo en su casa una hora a tomar una taza de té. No asistió a la entrevista ninguna otra persona, pero la dueña de la mansión quiso que estuviera presente Stepán Trofímovich, al que se esforzó por colocar en primer plano. El barón tenía ciertas referencias de él o simuló tenerlas, pero mientras duró la merienda le hizo muy poco caso. Por supuesto, Stepán Trofímovich no podía desempeñar un papel desairado, y, por añadidura, sus modales eran de lo más fino. Aunque de linaje poco ilustre, se había educado desde su infancia en una relevante familia de Moscú, lo cual equivale a decir que poseía una instrucción decorosa, y hablaba el francés como un parisiense. Por consiguiente, el barón había de percatarse al primer golpe de vista de la clase de gente de que se había rodeado Varvara Petrovna, aún en su soledad provinciana. Sin embargo, sucedió algo muy distinto. Cuando el barón confirmó la absoluta certeza de los primeros rumores que acababan de propagarse sobre la magna reforma, Stepán Trofímovich no pudo reprimirse y lanzó un ¡hurra!, haciendo un ademán de regocijo. Su exclamación fue moderada y hasta elegante; acaso su jú-

bilo fuese preconcebido, y tal vez hubiera ensayado su gesto ante un espejo media hora antes de sentarse a la mesa del té; mas algo debió de resultarle afectado, de suerte que el barón permitiose una ligera sonrisa, aunque acto seguido, y con depurada delicadeza, pronunció una frase sobre la general y pertinente emoción de todos los corazones rusos a la vista de tan grandioso acontecimiento. No tardó en marcharse y, al despedirse, tampoco olvidó tender dos dedos de su mano a Stepán Trofímovich. Al volver a la sala de estar, Varvara Petrovna permaneció silenciosa dos o tres minutos, e hizo como que buscaba algo en la mesa; pero de pronto se encaró con Stepán Trofímovich y, pálida, centelleantes los ojos, murmuró entre dientes:

—¡Nunca le perdonaré esto!

Al día siguiente trató ya a su amigo como si tal cosa, y nunca volvió a mencionar lo ocurrido. Mas al cabo de treinta años, en un momento trágico, lo sacó a relucir en son de reproche y tornó a palidecer igual que treinta años antes, cuando le reconvino por primera vez. En toda su vida, sólo le dijo: «¡Nunca le perdonaré esto!» en dos ocasiones. La del barón fue la segunda; pero el primer caso fue tan peculiar y, a mi entender, tan trascendental para el destino de Stepán Trofímovich, que me atreveré a relatarlo.

Fue allá por el año cincuenta y cinco, en el mes de mayo, precisamente recién recibida en Skvoréshniki la noticia del fallecimiento del teniente general Stavroguin, un anciano ligero de cascos, que murió a causa de un trastorno gástrico, camino de Crimea, adonde se dirigía destinado al ejército de operaciones. Varvara Petrovna quedó viuda y se impuso un luto riguroso. Ciertamente, su dolor no había de ser muy profundo, pues durante los últimos cuatro años el matrimonio estuvo separado por incompatibilidad de caracteres, y ella pasaba a su marido

una pensión. (Los únicos bienes del teniente general se reducían a unos ciento cuarenta siervos y a su sueldo, aparte de su ilustre ascendencia y de sus relaciones; pero toda la riqueza y la hacienda de Skvoréshniki pertenecía a Varvara Petrovna, hija única de un riquísimo negociante.) No obstante, estremecida por la inopinada nueva, se recluyó en una soledad completa. Huelga decir que Stepán Trofímovich no se apartaba de ella.

Mayo estaba en su apogeo. Las tardes eran esplendorosas. Florecían los cerezos silvestres. Los dos amigos pasaban las veladas en un cenáculo del jardín, donde permanecían hasta bien entrada la noche, en íntima comunión de ideas y sentimientos. Había momentos sumamente poéticos. Varvara Petrovna, impresionada por el nuevo giro de su existencia, se mostraba más locuaz de lo ordinario. Dijérase que apelaba al corazón de su amigo. Así fueron desarrollándose las cosas durante muchas veladas. Un extraño pensamiento asaltó la mente de Stepán Trofímovich: ¿no se habría fijado en él la inconsolable viuda, y no esperaría, al finalizar el año de luto, una petición de mano por su parte? Pensamiento cínico; pero la alta estructura de ciertos seres llega, en ocasiones, a fomentar el cinismo, siquiera sea en virtud de su multifacético desarrollo. A fuerza de cavilar, Stepán Trofímovich encontró ciertos visos de realidad en sus conjeturas y se dijo: «Su fortuna es inmensa, pero...». Verdaderamente, Varvara Petrovna distaba algo de parecer una beldad: era espigada, amarillenta, huesuda, de cara sumamente alargada, que recordaba la de un caballo. Stepán Trofímovich vacilaba, atormentado por las dudas, y su indecisión le hizo llorar un par de veces, cosa que le sucedía con bastante frecuencia. Durante las veladas en el cenador, su rostro adquiría involuntariamente una expresión caprichosa y burlona, mezcla de coquetería y de altivez. Es algo que sucede instintivamente, sin que la voluntad in-

tervenga en ello; y es de notar que cuanto más generosa es la persona, tanto más ostensible resulta el gesto. Dios sabrá qué juicio debiera hacerse de todo aquello, pero lo más probable es que en el corazón de Varvara Petrovna no germinase ningún sentimiento susceptible de corroborar plenamente las conjeturas de Stepán Trofímovich. Por otra parte, ella no hubiera cambiado su apellido, Stavróguina, por el de él, por muy ilustre que fuese. Puede que acaso se tratase de un coqueteo femenino por su parte, de la manifestación de una necesidad femenina inconsciente, tan natural en determinados casos. Por lo demás, no me atrevo a jurarlo: ¡los recovecos del corazón de la mujer siguen siendo inexplorables hasta hoy día! Pero continúo.

Fuerza es suponer que Varvara Petrovna no tardó en descifrar la extraña expresión del semblante de su amigo: era sensible y observadora, mientras que él solía mostrarse inocente en demasía. Pero las veladas iban sucediéndose en el mismo ambiente, y los coloquios seguían siendo igual de poéticos y sugestivos. Una vez, ya de noche, y después de una plática de lo más animada y poética, se despidieron amistosamente, estrechándose las manos con calor junto al porche del pabellón en que habitaba Stepán Trofímovich: todos los veranos abandonaba la mansión señorial de Skvoréshniki para trasladarse a aquel pequeño edificio, situado en las lindes del jardín. Acababa de entrar en sus aposentos; sumido en una inquieta cavilación, cogió un cigarro puro y, aún antes de encenderlo, se detuvo, fatigado e inmóvil, ante la ventana abierta, contemplando las blancas nubecillas, sutiles como el humo, que se deslizaban en torno de la refulgente luna, cuando un ligero rumor le hizo volverse estremecido: tenía ante sí a Varvara Petrovna, de la que se había despedido cuatro minutos antes. Traía ella el semblante de un color casi azulino, y sus labios, apretados, temblaban en las comisuras; le

estuvo mirando a los ojos cosa de diez segundos, silenciosa, con ceño duro e inexorable, y repentinamente murmuró atropellada:

—¡Nunca le perdonaré esto!

Diez años después, cuando Stepán Trofímovich me relató el triste episodio, en voz queda y cerrando previamente la puerta, me juró que su estupefacción fue tanta, que ni siquiera se apercibió de la rápida desaparición de Varvara Petrovna. Como ella nunca volvió a aludir a aquel incidente, y las cosas continuaron como si nada hubiera ocurrido, nuestro hombre fue siempre propenso a suponer que todo había sido obra de una alucinación morbosa, ya que aquella misma noche contrajo una enfermedad que le tuvo en cama dos semanas y que obligó a suspender las entrevistas en el cenador.

Sin embargo, pese a su idea de que pudiera tratarse de una alucinación, Stepán Trofímovich pareció estar aguardando día tras día, a lo largo de toda su vida, la continuación y el desenlace del incidente aquel. ¡No concebía que todo hubiese terminado allí! Por tanto, algunas veces había de mirar con extrañeza a su amiga.

v

Ella misma ideó la indumentaria de Stepán Trofímovich para toda su vida. El traje era elegante y peregrino: negra levita de largos faldones, abotonada casi hasta el cuello, que, no obstante, le sentaba admirablemente; sombrero flexible (de paja en verano), de anchas alas; blanco lazo de batista, con grueso nudo y con los extremos pendientes; bastón con puño de plata, y melena hasta los hombros. Sus cabellos, de un rubio castaño, sólo comenzaban a adquirir un tinte grisáceo. No llevaba ni barba ni bigote. Se aseguraba que había sido muy apuesto en su juven-

tud. A mi juicio, también imponía extraordinariamente en su vejez. Por otra parte, ¿puede hablarse de vejez a los cincuenta y tres años? Sin embargo, llevado de una cierta coquetería cívica, no sólo no blasonaba de joven, sino que hasta presumía de la madurez de su edad, y, con aquel atuendo, con su alta y delgada figura y con su cabellera hasta los hombros, tenía el aspecto de un antiguo patriarca, o más aún del poeta Kúkolnik litografiado en una publicación de los años treinta, particularmente en verano, cuando sentado en un banco del jardín, bajo las florecientes lilas y apoyado con ambas manos en el bastón, aparecía con un libro abierto al lado, soñando poéticamente a la caída del sol. En lo tocante a libros, he de consignar que, a la postre, empezó a apartarse de la lectura, si bien esto le aconteció ya en los últimos tiempos. Leía asiduamente los numerosos periódicos y revistas a que Varvara Petrovna estaba suscrita, y no dejaba de interesarse por los progresos de la literatura rusa, aunque procurando no menoscabar su propia dignidad. Hubo un tiempo en que se aficionó al estudio de la alta política contemporánea, interior y exterior, mas no tardó en desentenderse de ella. En ciertos casos, aparecía en el jardín con una obra de Tocqueville en la mano, aunque llevaba oculta en el bolsillo otra de Paul de Kock. Pero, al fin y al cabo, éstas son pequeñeces.

Entre paréntesis, quiero referirme al retrato de Kúkolnik. Varvara Petrovna vio este cuadro por primera vez cuando, todavía niña, estudiaba como interna en un colegio aristocrático de Moscú. Nada más verlo, se prendó de él, según es habitual en las colegialas, que se enamoran de todo cuanto se les pone a tiro, incluidos sus maestros, principalmente los de caligrafía y dibujo. Mas lo curioso del caso no consistía en sus aficiones de niña, sino en que, todavía a la edad de cincuenta años, Varvara Petrovna conservaba el retrato entre sus más íntimas reli-

quias, y tal vez por eso ideó para Stepán Trofímovich un traje semejante al del poeta. Sin embargo, también ésta es una nimiedad.

En los primeros años o, para ser más precisos, durante la primera mitad de su permanencia en casa de Varvara Petrovna, Stepán Trofímovich tenía todavía en proyecto una obra, y cada día se disponía a escribirla con toda seriedad. Pero en la segunda mitad debió darla al olvido. No cesaba de anunciarnos: «Aunque me creo ya presto para comenzar y tengo recopilados todos los datos, no consigo poner manos a la obra. ¡No me sale nada!», y bajaba la cabeza cariacontecido. Sin género de duda, aquello debía acrecentar su grandeza ante nosotros, por tratarse de un mártir de la ciencia; pero él pretendía algo distinto. «Se han olvidado de mí; a nadie le hago falta», lamentábase en más de una ocasión. Esta acentuada melancolía le embargó especialmente a fines de la década de los cincuenta. Varvara Petrovna terminó por intuir algo serio. No podía sufrir la idea de que su amigo estuviese olvidado y fuera un trasto inútil. Deseosa de distraerle y de acrecentar su fama, se lo llevó entonces a Moscú, donde contaba con relaciones en los medios literarios y científicos; pero vino a resultar que tampoco Moscú satisfizo a nuestro hombre.

Corrían unos tiempos muy particulares; reinaba una atmósfera nueva, muy diferente de la anterior quietud, y flotaba en el ambiente algo muy extraño, que se percibía en todas partes, incluso en Skvoréshniki. Circulaban los rumores más diversos. Los hechos, en líneas generales, eran más o menos conocidos, pero saltaba a la vista que iban acompañados de ideas y, lo que es más importante, de ideas en desmesurada abundancia. Esto era lo que producía mayor turbación: no había modo de amoldarse a ellas ni de cerciorarse de lo que tales ideas significaban. Varvara Petrovna, por su naturaleza femenina, se inclina-

ba a intuir algún secreto en ellas. Comenzó a leer periódicos y revistas, publicaciones clandestinas editadas en el extranjero, y hasta manifiestos, que ya entonces empezaban a salir a la luz pública y llegaban a sus manos; mas no consiguió otra cosa que sentir vértigo. Decidió escribir cartas, a las que le respondían con poquísima puntualidad y de una manera cada vez más incomprensible a medida que el tiempo transcurría. Pidió solemnemente a Stepán Trofímovich que le explicase de una vez y para siempre «todas aquellas ideas», pero sus explicaciones no la satisficieron en absoluto. El criterio de Stepán Trofímovich respecto del movimiento universal le resultaba ego-centrista en grado sumo: se reducía a proclamar que todo el mundo le tenía olvidado y que nadie le necesitaba. Por fin se acordaron de él, primero en las publicaciones del extranjero, pintándole como a un mártir desterrado, y luego en Petersburgo, donde se le recordó como antigua estrella de una determinada constelación y hasta llegó a comparársele con Radíschev¹, por no se sabe qué motivo. Posteriormente, alguien publicó en la prensa la noticia de su muerte y prometió escribir una nota necrológica. Stepán Trofímovich resucitó como por ensalmo y cobró bríos. Su altanera opinión sobre sus contemporáneos se puso de manifiesto instantáneamente, y en su alma se incubó una ilusión: la de incorporarse al movimiento y mostrar sus energías. Varvara Petrovna volvió a confiar en él plenamente y se sintió presa de una inquietud arrolladora. Determinaron partir para Petersburgo sin dilación, hacer las indagaciones pertinentes de manera directa y, a ser posible, dedicarse a las nuevas actividades por entero y sin reservas. Ella anunció su propósito de fundar

1. Autor de la famosa obra *Viaje de Petersburgo a Moscú* (1790), en la que censuró acremente el régimen de servidumbre, lo que le valió ser desterrado a Siberia.

una revista a la que consagraría toda su vida. Al ver hasta qué punto habían llegado las cosas, Stepán Trofímovich se tornó más orgulloso todavía, y por el camino trató a Varvara Petrovna de un modo casi tutelar, todo lo cual le llegó a ella al corazón. Dicho sea de paso, a ella la impulsaba otro móvil muy importante: reanudar sus antiguas relaciones; deseaba hacer acto de presencia en la alta sociedad o, al menos, intentarlo. Sin embargo, el motivo aparente de su viaje consistía en ver a su único hijo, que por aquel entonces iba a graduarse en el liceo de Petersburgo.

VI

Permanecieron en Petersburgo casi toda la temporada invernal. Pero, en vísperas de la Cuaresma, todo estalló como una pompa de jabón. Disipáronse los sueños, y el embrollo, en vez de esclarecerse, se tornó mucho más confuso. Las antiguas relaciones sociales apenas se reanudaron, y si algo se logró fue en forma microscópica y con humillantes dilaciones. Varvara Petrovna, ultrajada en su amor propio, se entregó por entero a las «nuevas ideas» y organizó veladas en su casa, invitando a literatos, que acudieron en abundante multitud. En lo sucesivo comenzaron a presentarse sin invitación, y los unos traían a los otros. Jamás había visto ella a tales plumíferos, increíblemente vanidosos, que, lejos de ocultar su fatuidad, la exteriorizaban sin ambages, como quien cumple una obligación. Algunos (aunque no todos, ni mucho menos) se presentaban borrachos, pero parecían haber descubierto en la embriaguez un acto estético especial. Todos ellos, no se sabe por qué, hacían gala de un orgullo extraño. Llevaban escrito en el rostro que acababan de descubrir un secreto trascendental. Se insultaban, y lo tenían

por un honor. Era bastante difícil saber lo que cada cual había escrito, pero entre ellos se contaban críticos, novelistas, dramaturgos y satíricos. Stepán Trofímovich penetró hasta la esfera suprema, desde donde se orientaba el movimiento. Los rectores del mismo creían vagar a una altura desmesurada, mas a él le acogieron amigablemente, aunque, por supuesto, nadie sabía nada de él ni tenían otra referencia que la de que aquel hombre «representaba la idea».

Stepán Trofímovich llevó a cabo tales maniobras, que consiguió atraerles un par de veces al salón de Varvara Petrovna, pese a las ínfulas olímpicas de todos ellos. Eran muy serios y corteses; se comportaban muy bien, y, por lo visto, los demás les temían; pero resultaba evidente que no tenían tiempo para ocuparse de tales minucias. Visitaron el salón dos o tres celebridades literarias de otros tiempos, que por aquel entonces estaban en Petersburgo y con las cuales había mantenido Varvara Petrovna las relaciones más exquisitas. Pero, ante la sorpresa de ella, aquellas celebridades reales e indiscutibles eran mansas y humildes como corderos, y algunas de ellas rendían pleitesía a la nueva ola modernista y se mostraban vergonzosamente obsequiosas con ella. En un principio, la fortuna sonrió a Stepán Trofímovich: le acogieron con júbilo y empezaron a sacarle en las veladas literarias. Cuando pisó la tribuna por primera vez en una conferencia pública, estalló entre los oyentes una frenética ovación que duró cinco minutos. Él evocaba este episodio con lágrimas en los ojos al cabo de nueve años, antes por su temperamento artístico que por gratitud. «Le juro y apuesto lo que quiera –me confesó, aunque sólo me lo dijo a mí, y eso confidencialmente–, a que ninguno de los asistentes al acto sabía de mí lo que se dice nada.» Admirable confesión: muy aguda inteligencia había de poseer si ya entonces, desde la tribuna, pudo percatarse tan certeramente de su situación, pese a la embriaguez de

los aplausos; por otra parte, no debía ser grande su talento, si incluso a los nueve años no podía recordar aquel instante sin una sensación de enojo. Le hicieron firmar dos o tres protestas colectivas sin que él mismo supiera contra qué; pero las firmó. A Varvara Petrovna también la invitaron a poner su firma al pie de una proclama contra cierto «acto incalificable», y también accedió. Por lo demás, la mayoría de aquellos modernistas, aunque visitaban a Varvara Petrovna, considerábanse obligados a mirarla con desdén y con mal encubierta socarronería. Posteriormente, en momentos de amargura, Stepán Trofímovich me insinuó que ella le tuvo envidia desde entonces. Evidentemente, la señora comprendía que no debía tratar a tales gentes, mas, a pesar de todo, las recibía con ansiedad, con histérica impaciencia femenina, y, lo que es más importante, nunca dejó de esperar algo. Hablaba poco en las veladas, aunque bien hubiera podido meter baza, mas prefería escuchar. Se hablaba allí de la abolición de la censura y de la letra¹; de la sustitución del alfabeto ruso por el latino; del destierro de Fulano de Tal, consumado el día anterior; de un escándalo ocurrido en el Pasaje²; de la conveniencia de dividir Rusia en tantas nacionalidades como la componían, estableciendo un vínculo federal voluntario; de la eliminación del ejército y de la flota; de la restauración de la soberanía de Polonia, extendiendo sus fronteras hasta el Dniéper; de la reforma agraria y de las proclamas; de la abolición de la herencia, de la familia, de los hijos y del clero; de los derechos de la mujer; de la casa de Krayevski, que nadie pudo nunca perdonar a su dueño, etcétera, etcétera. Saltaba a la vista que en la patulea del modernismo había

1. Signo que indicaba dureza de la letra precedente. Abolido hoy.

2. Pasaje de Shteinbok, lugar de reunión de la juventud progresista de Petersburgo.

numerosos truhanes, mas tampoco ofrecía duda que figuraban en ella muchos hombres honrados, sumamente respetables, no obstante ciertos matices sorprendentes que entre ellos se observaban. Los honrados eran mucho menos comprensibles que los deshonestos y groseros; mas no se sabía quién era un pelele en manos de quién. Cuando Varvara Petrovna dio a conocer su propósito de publicar una revista, la afluencia de gente hacia ella fue mucho mayor, pero no tardó en ser tildada de capitalista y de explotadora del trabajo. El desenfado de las acusaciones sólo era comparable a lo sorprendente de las mismas. El anciano general Iván Ivánovich Drozdov, antiguo amigo y compañero de armas del general Stavroguin, bellísima persona (a su modo), a quien todos conocemos, hombre hurraño y colérico en extremo, terrible glotón y enemigo jurado del ateísmo, se enzarzó en una discusión con un famoso mozalbete durante una de las veladas de Varvara Petrovna. El mozo empezó por decirle: «Si habla usted así, quiere decirse que es un general», significando con ello que no encontraba un epíteto peor que el de general. Iván Ivánovich se acaloró como no hay idea: «¡Sí, señor, soy general, y teniente general, y he servido a mi soberano, mientras que tú, caballerete, eres un mocoso y un ateo!». El escándalo que se armó fue épico. Al día siguiente salió a relucir en la prensa el episodio, y se inició la recogida de firmas contra el «incalificable acto» de Varvara Petrovna, que se negó a echar inmediatamente de su casa al general. En una revista ilustrada apareció una caricatura mordaz en la que figuraban Varvara Petrovna, el general y Stepán Trofímovich como tres amigos retrógrados, acompañada de unos versos, escritos por un poeta popular ex profeso para el caso. Por mi parte, he de añadir que, verdaderamente, son muchos los generales que tienen la risible costumbre de repetir: «He servido a mi soberano», como si su soberano no fuera el

mismo que el nuestro, el de los súbditos humildes, sino uno especial, perteneciente tan sólo a ellos.

Se sobrentiende que no era posible permanecer por más tiempo en Petersburgo, tanto más cuanto que Stepán Trofimovich había sufrido un fiasco rotundo. Incapaz de resistirse, nuestro hombre apeló a proclamar los derechos del arte, con lo cual logró provocar una hilaridad mucho mayor. Durante su último recital, se le ocurrió tratar de influir en el público mediante su elocuencia cívica, pensando conmover los corazones y esperando suscitar respeto por su «destierro». Mostrose de acuerdo con la inconveniencia y la comicidad del concepto «patria»; aceptó asimismo la idea de lo perjudicial de la religión; pero sostuvo con acento duro y enérgico que unos zapatos estaban muy por debajo de Pushkin, muy por debajo. Le silbaron sin misericordia, de suerte que, ante su auditorio, sin descender siquiera de la tribuna, rompió a llorar. Varvara Petrovna le condujo a su casa más muerto que vivo. «*On m'a traité comme un vieux bonnet de coton*»¹, balbuceaba sin sentido. Ella se pasó la noche cuidándole, administrándole infusiones de lauroceraso y repitiéndole hasta el amanecer: «Todavía puede usted ser útil; ya lo demostrará; su valor será apreciado... en otra parte».

A la mañana siguiente, muy temprano, presentáronse en casa de Varvara Petrovna cinco literatos, tres de los cuales eran totalmente desconocidos, a los que jamás había visto ella. Los cinco delegados le anunciaron, con aire muy severo, que habían estudiado el problema de su revista y adoptado una resolución al respecto. Varvara Petrovna nunca había encomendado a nadie el estudio de nada concerniente a su revista ni la adopción de un

1. «Me han tratado como a un viejo gorro de algodón».

acuerdo sobre ella. La resolución estipulaba que Varvara Petrovna, una vez fundada la revista, la traspasase a ellos, junto con los fondos, para formar una asociación libre, y que ella se marchase a Skvoréshniki sin olvidarse de llevar consigo a Stepán Trofímovich, que «había envejecido». Por pura delicadeza, accedían a reconocerle su derecho de propiedad y a girarle una sexta parte de la ganancia neta anual. Lo más conmovedor del caso era que al menos cuatro de aquellos cinco hombres no perseguían ningún propósito lucrativo y se preocupaban tan sólo de la «causa común».

–Llegamos como aturcidos –contaba Stepán Trofímovich–. Yo ni siquiera coordinaba; recuerdo que iba murmurando al compás del ruido de las ruedas del tren:

*Vek y Vek y Lev Kambek,
Lev Kambek y Vek y Vek¹...*

y el diablo sabrá qué tonterías, hasta llegar a Moscú. Sólo allí me recobré, ni más ni menos que si fuera a encontrar otro ambiente.

»¡Oh, amigos! –exclamaba a veces, lleno de inspiración–. No pueden ustedes imaginarse la tristeza y la ira que invaden el alma cuando de una idea sublime, a la que uno venera religiosamente desde hace tiempo, se apoderan unos individuos torpes para ponerla en manos de otros tan imbéciles como ellos, arrastrándola al arroyo, y uno la ve de pronto en el baratillo, deformada, hundida en el fango, dispuesta de una manera absurda, esquinada, sin proporciones, sin armonía, como juguete de unos chiquillos estúpidos. ¡No, en nuestra época no pasaba eso, y no era a eso a lo que aspirábamos! No, no, de nin-

1. *Vek (El Siglo)* era un semanario de Petersburgo, y Lev Kambek, el editor de varias publicaciones de la capital.

gún modo. No consigo reconocer nada... Nuestra época revivirá y encauzará nuevamente, por un camino firme, todo cuanto en la actualidad se tambalea. De no ser así, ¿qué nos espera?

VII

Nada más regresar de Petersburgo, Varvara Petrovna envió a su amigo a «descansar» al extranjero; sentía la necesidad de que se separasen una temporada. Stepán Trofímovich se fue alborozado. «¡Allí resucitaré! —exclamó—. ¡Al fin podré dedicarme a la ciencia!» Pero ya en sus primeras cartas desde Berlín salió con la nota de siempre. «Tengo el corazón destrozado —escribió a Varvara Petrovna—. No puedo olvidar nada. Aquí, en Berlín, todo me ha traído a la memoria mis viejos tiempos, mi pasado, las primeras alegrías y los primeros dolores. ¿Dónde estará ella? ¿Dónde estarán las dos? ¿Dónde estáis vosotras, los dos ángeles a los que jamás he podido igualarme? ¿Dónde está mi hijo, mi amado hijo? ¿Y dónde, por último, estoy yo, yo mismo, mi antiguo yo, con mi fuerza de acero, entonces inmovible como una roca, mientras que ahora cualquier *Andrejeff*, un payaso ortodoxo con barba, *peut briser mon existence en deux*¹?», etcétera, etcétera. Por lo que respecta al hijo de Stepán Trofímovich, éste sólo le había visto dos veces en su vida: la primera, al nacer; y la segunda, recientemente en Petersburgo, donde el muchacho preparaba su examen de ingreso en la universidad. El hijo, según consignamos antes, vivió siempre y se educó bajo los cuidados de unas tías de la provincia de O., a expensas de Varvara Petrovna y a setecientas verstas de Skvoréshniki. Y en cuanto a *Andrejeff*, es decir, a Andréyev, se trataba sencillamente

1. Puede destrozarse mi existencia.

de un tendero de nuestra localidad, chusco si los hay, arqueólogo autodidacta y ferviente coleccionador de antigüedades rusas, que en ocasiones chocaba con Stepán Trofímovich en lo tocante a conocimientos y, principalmente, a orientación. Este respetable comerciante, de barba gris y voluminosos lentes de plata, le adeudaba cuatrocientos rublos para liquidar la adquisición de varias desiatinas de bosque de tala en la pequeña finca que Stepán Trofímovich poseía a poca distancia de Skvoréshniki. Pese a que Varvara Petrovna había provisto espléndidamente de dinero a su amigo al enviarle a Berlín, Stepán Trofímovich contaba con aquellos cuatrocientos rublos para su viaje, destinándolos probablemente a sus gastos secretos, y estuvo a punto de echarse a llorar cuando *Andrejeff* le pidió una moratoria de un mes, moratoria a la que, por cierto, tenía pleno derecho, ya que había aportado todas las primeras cuotas con una anticipación de casi medio año, debido a las especiales estrecheces que entonces atravesaba Stepán Trofímovich. Varvara Petrovna leyó ansiosamente su primera carta, subrayó con lápiz la exclamación: «¿Dónde estarán las dos?», la numeró y la guardó en un cofre. Por supuesto, la pregunta aludía a sus dos primeras esposas, difuntas ambas. En la segunda carta de Berlín la canción variaba ya algo: «Trabajo doce horas diarias (“Ya estaría bien aunque fuesen once”, murmuró Varvara Petrovna), busco y rebusco en las bibliotecas, cotejo, tomo apuntes, corro, visito a profesores. He reanudado mis relaciones con la excelente familia de los Dundásov. ¡Qué primorosa sigue siendo Nadezhda Nikoláyevna! Le envía sus saludos. Su joven esposo y los tres sobrinos se hallan en Berlín. Por la noche converso con los jóvenes hasta el amanecer, y nuestras veladas van pareciéndose a las de Atenas, aunque sólo en punto a sutileza y finura. Todo es noble y elevado: mucha música, melodías españolas, sueños de reno-

vación humana universal, ideas de belleza eterna, la Madonna Sixtina, luz con retazos de tinieblas, pero hasta el sol tiene máculas. ¡Oh, amiga mía, generosa y fiel amiga! Mi corazón está con usted, siempre y sólo con usted, *en tout pays*¹, aunque sea *dans le pays de Makar et de ses veaux*², del que, según recordará, hablamos tan frecuentemente, trémulos y palpitantes, poco antes de salir de Petersburgo. Al evocarlo sonrío. Cuando crucé la frontera me sentí seguro; fue una sensación extraña, nueva y desconocida después de tan largos años...», etcétera, etcétera.

«¡Todo esto es absurdo! –dedujo Varvara Petrovna al doblar esta segunda carta–. Si las veladas atenienses duran hasta el amanecer, es seguro que no se pasa doce horas entre libros. ¿Lo habrá escrito borracho? ¿Cómo se atreve la señora de Dundásov a enviarme sus saludos? En fin, que se divierta...»

La frase «*dans le pays de Makar et de ses veaux*» significaba: «a donde Makar no llevaba a sus terneros». Stepán Trofímovich traducía a veces los refranes y los dichos populares rusos al francés de la manera más torpe, aunque sabía traducirlos mejor; pero lo hacía por elegante afectación, en la que creía encontrar un sutil ingenio.

Pero sus diversiones duraron poco; incapaz de resistir cuatro meses, se apresuró a regresar a Skvoréshniki. Sus últimas cartas constituyeron tan sólo una efusión del afecto más sensiblero hacia su ausente amiga, y venían literalmente bañadas en las lágrimas de la separación. Hay temperamentos sumamente caseros, como el de los falderillos. El encuentro de los dos amigos fue tan cordial como entusiástico. A los dos días, todo había entrado en el viejo cauce, y yo diría que hasta en un cauce más aburrido. «Amigo mío –me dijo Stepán Trofímovich dos se-

1. En cualquier país.

2. En el país de Makar y de sus terneros.

manas después en el mayor secreto—: he descubierto una novedad que me aterroriza: *je suis un simple gorrón et rien de plus. Mais r-r-rien de plus*¹.»

VIII

Después se produjo una calma que ha durado casi sin interrupción estos nueve años. Los ataques de histerismo y los sollozos sobre mi hombro, que se repetían regularmente, no fueron óbice para nuestra bienaventuranza. Me sorprende que Stepán Trofímovich no haya engordado en esta época. Solamente se le puso un poco roja la nariz y se acrecentó su bonachonería. Poco a poco fue formándose en torno suyo un círculo de amistades, siempre reducido. Aunque Varvara Petrovna trataba poco al círculo en cuestión, todos la reconocíamos por patrona nuestra. Después de la lección recibida en Petersburgo, se afincó definitivamente en nuestra ciudad; en invierno residía en su casa, y en verano se trasladaba a la finca de las afueras. Nunca gozó de tanto ascendiente e influencia dentro de la buena sociedad de la provincia como en los últimos siete años, es decir, hasta el momento de la designación del nuevo gobernador. El anterior, nuestro inolvidable y dulce Iván Ósipovich, era pariente cercano suyo y le debía algún antiguo favor. Su esposa temblaba ante la sola idea de no complacer a Varvara Petrovna, y la veneración de la nobleza provinciana hacia ella llegó a tal extremo que hasta parecía lindar con el pecado. En consecuencia, Stepán Trofímovich vivía también muy a sus anchas. Miembro del club, perdía su dinero, aunque no su aire de gravedad, y adquirió honrosa reputación, si bien es cierto que muchos le tenían tan sólo por «un hom-

1. Soy un simple gorrón y nada más. ¡Nada más!

bre de ciencia». Posteriormente, cuando Varvara Petrovna le autorizó a mudarse a la otra casa, nos quedamos más libres. Nos congregábamos un par de veces a la semana en los aposentos de él, y lo pasábamos alegremente, sobre todo cuando no escatimaba el champán. Adquiría las bebidas en la tienda de Andréyev. La factura la pagaba semestralmente Varvara Petrovna, y el día del pago era casi siempre el de la colerina.

El más antiguo miembro del club era Liputin, funcionario provincial, entrado ya en años, gran liberal y con fama de ateo en la ciudad. Se había casado en segundas nupcias con una joven atractiva, que había aportado al matrimonio una excelente dote y le había dado tres hijas, bastante crecidas ya. Mantenía la familia recluida y bajo el temor de Dios; era avaro sobremanera y, con lo ganado en el servicio, adquirió una casita y amasó un capital. De temperamento inquieto, funcionario de humilde categoría, se le respetaba poco en la ciudad y las altas esferas se negaban a recibirle. Por añadidura, era un intrigante descarado, lo que le había valido más de un castigo contundente, una vez a manos de un oficial, y otra, a manos de un terrateniente, venerable padre de familia. Pero a nosotros nos agradaba su agudo ingenio, su fisgonería, su peculiar y sarcástica jovialidad. Aunque Varvara Petrovna no le quería, él se las ingeniaba siempre para coniaciarse con ella.

A Varvara Petrovna tampoco le gustaba Shátov, que se afilió al círculo en el último año. Antiguo estudiante, Shátov fue expulsado de la universidad a raíz de ciertos incidentes estudiantiles. Había sido en su infancia discípulo de Stepán Trofímovich, y nació siervo de Varvara Petrovna por ser hijo de su ayuda de cámara, Pável Fiódorov, difunto ya. La señora le había dispensado su protección, mas ahora le detestaba por su orgullo y su ingratitude, y no podía perdonarle que, al ser excluido de la

universidad, no hubiera acudido a ella inmediatamente y que, por el contrario, ni siquiera se hubiese dignado responder a una carta de ella, escrita ex profeso, prefiriendo irse como un esclavo a enseñar a los hijos de un mercader civilizado. Con la familia del mercader en cuestión, Shátov marchó al extranjero, antes en calidad de criado que de preceptor; pero sentía un ansia loca de ver mundo. Acompañaba a los niños su institutriz, una hábil señorita rusa que se había contratado en vísperas del viaje y a la que habían admitido, sobre todo, por lo barata que resultaba. Al cabo de un par de meses, el mercader la despidió «por librepensadora». Shátov se fue tras ella, y a poco tardar se casaron en Ginebra. Convivieron unas tres semanas y se separaron luego como gente libre y sin trabas; naturalmente, en esto desempeñó su papel la pobreza. Por espacio de un largo período, Shátov peregrinó solo por Europa, viviendo Dios sabe cómo; asegurábase que hizo de limpiabotas callejero y de cargador de puerto. Finalmente, haría cosa de un año, regresó al redil familiar y se albergó en casa de una anciana tía que pasó a mejor vida al cabo de un mes. Con su hermana Dasha, criada también a expensas de Varvara Petrovna, de la cual era hija adoptiva y con la que vivía rodeada de la más exquisita generosidad, mantenía Shátov unas relaciones tan distantes como frías. Entre nosotros se mostraba siempre lúgubre y taciturno; pero de tarde en tarde, si alguien zahería sus creencias, daba muestras de morbosa irritabilidad y no tenía pelos en la lengua. «Antes de ponerse a discutir con Shátov hay que atarlo», bromeaba Stepán Trofímovich. No obstante, le quería. Durante su estancia en el extranjero, Shátov modificó radicalmente algunas de sus antiguas convicciones socialistas y saltó al extremo opuesto. Era una de esas criaturas idealistas rusas a las que impresiona repentinamente cualquier idea vigorosa y a renglón seguido las aplasta bajo su peso, a veces

para toda la eternidad. Como tales criaturas carecen de energía para encajar esa idea, creen en ella apasionadamente, y se pasan luego la vida entera como en las últimas convulsiones, bajo la losa que les ha caído encima y que les tiene ya medio aplastados. Físicamente, Shátov concordaba en un todo con sus creencias: desgarbado, rubio, peludo, bajo, chaparrote, de labios carnosos, hirsutas cejas azafranadas y caídas y frente ceñuda, tenía una mirada hosca, clavada siempre en el suelo y como avergonzada de algo. Llevaba eternamente en el pelo un remolino que se mantenía siempre tieso, refractario a todo peinado. Su edad oscilaba entre los veintisiete y los veintiocho años. «No me extraña nada que su mujer se le escapara», comentó una vez Varvara Petrovna mirándole fijamente. No obstante su extrema pobreza, se esforzaba por ir pulcramente vestido. Tampoco esta vez recurrió a la ayuda de Varvara Petrovna, e iba tirando con lo que Dios le daba y hasta llegó a contratarse con unos comerciantes. Estuvo de dependiente en una tienda, y después estuvo a punto de meterse en un barco como ayudante del encargado de la mercancía, pero enfermó poco antes de salir. Es difícil imaginarse hasta qué punto era capaz de resistir la miseria; ni siquiera pensaba en ella. Al saberle enfermo, Varvara Petrovna le envió cien rublos ocultando su nombre. Sin embargo, él se enteró del secreto, reflexionó, aceptó el dinero y se presentó a darle las gracias. Ella le acogió con calor, pero también en esta ocasión Shátov defraudó bochornosamente las esperanzas de la señora: permaneció allí no más de cinco minutos, en silencio, con la obtusa mirada fija en el suelo y sonriendo estúpidamente; y, de pronto, sin dar tiempo a que Varvara Petrovna terminara sus interesantes palabras, se levantó, hizo una torpe y patizamba reverencia, se azoró lo indecible, tropezó con la fina mesa de trabajo, la derribó, la rompió y huyó del aposento muerto de vergüenza. Liputin le re-

prochó acerbamente por no haber rehusado con desdén los cien rublos de su antigua dueña y déspota y por haber ido, además, a darle las gracias. Vivía Shátov solo, en un extremo de la ciudad, y le molestaba que alguien de nosotros pasase por su casa. Asistía puntualmente a las veladas de Stepán Trofímovich, a quien pedía prestados libros y periódicos para leer.

Otro de los asiduos asistentes a las tertulias era un tal Virguinski, joven funcionario que tenía cierta semejanza con Shátov, aunque, al parecer, era su polo opuesto en todos los sentidos. Pero ése también era «hombre de familia». Aquel joven (si bien ya frisaba en la treintena), extraordinariamente tímido y de lastimoso aspecto, poseía una instrucción considerable, aunque adquirida por sí mismo. Era pobre, casado, y con su trabajo mantenía a su tía y a una cuñada, hermana de su mujer. Todas las hembras de la familia profesaban las creencias más avanzadas, que en ellas adquirían un aspecto tosco y venían a ser «una idea tirada en mitad de la calle», según se expresó Stepán Trofímovich hablando de otro asunto. Tomaban muy en serio cuanto decían los libros, y al primer rumor procedente de los círculos progresistas de la capital estaban dispuestas a hacer tabla rasa de todo, con tal de que se lo aconsejaran. Madame Virguínskaya ejercía de comadrona; de soltera había vivido en Petersburgo largo tiempo. Por su parte, Virguinski era un hombre de rara pureza de corazón, y muy pocas veces he encontrado un fuego espiritual más honesto que el suyo. «Nunca, nunca abandonaré mis luminosas esperanzas», solía decirme con los ojos resplandecientes. Siempre hablaba de sus «luminosas esperanzas» plácidamente, con fruición, en voz queda, como en secreto. De estatura bastante alta, era sumamente delgado y estrecho de hombros, y su escasísimo cabello tenía un matiz rojizo. Acogía con resignación las altaneras burlas que Stepán Trofímovich se

permitía respecto a algunas de sus opiniones, le contradecía a veces muy seriamente y en muchos casos le colocaba en un callejón sin salida. Stepán Trofímovich le trataba con afabilidad, aparte de que adoptaba una actitud paternal hacia todos nosotros.

–Todos ustedes son unos «inadaptados» –decía en son de broma a Virguinski–. Lo son todos sus semejantes, aunque en usted, Virguinski, no he advertido la limitación que observé en Petersburgo *chez ces séminaristes*¹; pero todos ustedes son «inadaptados». Shátov sentaría cabeza de buena gana, mas se lo impide su inadaptabilidad.

–¿Y yo? –inquirió Liputin.

–Usted es sencillamente dorada mediocridad, que en todas partes se adapta... a su manera.

Liputin se enfadó.

De Virguinski se decía, y por desgracia con mucho fundamento, que su mujer, antes de que transcurriera un año de su matrimonio, le declaró que le abandonaba y que prefería a Lebiadkin. Este Lebiadkin, un forastero, resultó ser un individuo harto sospechoso y no un capitán retirado, como él pretendía. Su sola habilidad consistía en atusarse el bigote, beber y decir los absurdos más disparatados que pueda uno imaginarse. Aquel individuo, sin la menor delicadeza, se marchó a vivir con ellos desde el primer momento, muy satisfecho de comer pan ajeno; en su casa se alimentaba y dormía, y, por último, comenzó a tratar desdeñosamente al dueño. Se aseguraba que Virguinski dijo a su mujer cuando ella le anunció la separación: «Amiga mía, hasta ahora sólo te he amado; desde ahora te respeto», mas es poco verosímil que pronunciara esta vieja sentencia romana. Lejos de ello, se dice que rompió a llorar a lágrima viva. Sin embargo, cosa de dos semanas después de la ruptura, todos ellos, «en familia»,

1. En aquellos seminaristas.

fueron a un soto cercano a la ciudad a tomar el té con unos amigos. Virguinski mostró una alegría febril y tomó parte en las danzas; pero de repente, y sin que mediara discusión alguna, agarró de los pelos al gigante Lebiadkin, que bailaba un solo de cancán, le hizo doblarse y se lo llevó arrastrando entre exclamaciones, gritos y lágrimas. El gigante sintió tanto miedo que ni siquiera se defendió, y mientras le arrastraba por el suelo apenas abrió la boca; pero, terminado el arrastre, se enojó con todo el ardor de una persona digna. Virguinski se pasó la noche entera de rodillas ante su mujer pidiéndole perdón, mas no lo obtuvo por negarse a ir a disculparse ante Lebiadkin. Además, se le tildó de ruindad ideológica y de estupidez, esto último por ponerse de rodillas a dar explicaciones a una mujer. El supuesto capitán desapareció pronto para reaparecer en nuestra ciudad en los últimos tiempos, acompañado de su hermana e impulsado por nuevos móviles a los que nos referiremos a su debido tiempo. Nada tiene de extraño que el infeliz «hombre de familia» desahogara sus pesares ante nosotros y necesitase nuestra compañía. Nunca nos refirió, por otra parte, sus asuntos familiares. Una sola vez, mientras regresábamos los dos de la tertulia de Stepán Trofímovich, hizo una lejana alusión al estado en que se hallaba, mas acto seguido, cogiéndome del brazo, exclamó con vehemencia:

—Pero no importa; se trata de un asunto privado que en ningún modo, en ningún modo, perjudicará a la «causa común».

También acudían a nuestra tertulia invitados ocasionales: el judío Liamshin y el capitán Kartúzov. Durante algún tiempo asistió un curioso vejete, que falleció después. Liputin trajo durante cierto período al sacerdote polaco deportado Sloczewski, al que se dio entrada en el círculo por principio, pero después se le negó.